
LOS RETOS DE EUROPA

Enrique Barón



Europa ha sido, durante decenios, para los socialistas —mejor dicho, para los demócratas—, un anhelo irrealizable. Como en todos los amores platónicos, se tendió a idealizar los rasgos de la beldad soñada, cuyo goce era imposible. Mirábamos hacia Europa como algo mejor o superior, educados, como estábamos, en la existencia de pretendidas incapacidades en el pueblo español para la convivencia democrática y para alcanzar los niveles de disciplina y laboriosidad de nuestros vecinos más avanzados.

Nuestro aislamiento nos ahorró los sufrimientos y las luchas de las dos guerras civiles europeas, aunque tuvimos la nuestra. También nos impidió participar activamente en la reconstrucción europea de

la posguerra y en la puesta en marcha de la Europa Comunitaria. Por ello, hasta 1986, han convivido dos sentimientos encontrados, el de unos demócratas europeos para los que la actitud de sus países

ante la guerra de España les planteaba problemas de mala conciencia (por la actitud abandonista ante las potencias del Eje); y la de los españoles, para los que

En este momento la idea que nos domina es la del reto europeo como sinónimo y expresión de la modernización de la sociedad española.

Europa significaba una opción política positiva, de progreso y democracia. Que Europa era una opción inevitable fue algo de lo que se dio cuenta el mismo dictador rápidamente. En 1962, el mismo año del llamado contubernio de Munich, solicitó un ingreso imposible en la CEE.

Esta identificación ha llevado a una unanimidad muy amplia en torno a la incorporación a la Comunidad. Si se hace abstracción de algunos restos de retórica sobre la Europa de los mercaderes y las decadentes democracias por parte de una infima extrema derecha, y de la actitud de una pequeña escisión comunista, no ha existido polémica sobre la decisión de solicitar el ingreso en la CEE. Para España, a diferencia de otros países europeos, el imperio colonial quedaba muy lejos, y la dependencia en términos de integración comercial y económica resultaba muy patente.

Las batallas para defender intereses concretos frente al proceso comunitario han sido siempre de retaguardia. Así ocurrió con el aplazamiento del IVA en los años de gobierno de UCD, o las presiones de los sectores industriales más protegidos. Hecho que conviene poner de manifiesto porque no hay que olvidar que la historia del capitalismo industrial y financiero en España desde hace más de un siglo es la historia de la construcción de uno de los mercados más protegidos e inaccesibles de Europa, con unas barreras arancelarias que convertían al país en un auténtico coto cerrado. Algunas de las reacciones recientes de nuestra patronal no desmerecen de esta larga historia de invernadero y protección.

Con la entrada en la Comunidad, que no ha supuesto grandes traumas para una

sociedad que había ido madurando desde hace un cuarto de siglo para la democracia y la aventura europea, hemos comprobado que no era necesario cerrar con siete

llaves el sepulcro del Cid. Y que no éramos tan diferentes; mejor dicho, que nuestras diferencias —las peores— no eran imposibles de superar. Con ello, hemos cerrado el trabajo de resolver los viejos expedientes de un pasado, en el que los españoles nos hemos visto impedidos para llegar a la hora a las citas de la modernidad.

En este momento la idea que nos domina es la del reto europeo como sinónimo y expresión de la modernización de la sociedad española. Curiosamente, la expresión modernización ha hecho fortuna, cuando no es la más acertada. La palabra desarrollo ha adquirido una carga excesiva de cambio por la vía económica sin transformaciones democráticas. Recuerda a la famosa tesis materialista de los sesenta, la del salto de la sociedad a partir de \$ 1.000 de renta per cápita. La vía para superar el atraso era la de importar técnicas avanzadas y consagrar el papel de una reducida élite dirigente, que era la que tenía capacidad de realizar la revolución desde arriba.

Ahora se trata de hacer que el acoplamiento de España con la Comunidad sea fecundo. Y ello implica, en un período de siete años, el ir procediendo a una integración gradual, acoplando progresivamente nuestra sociedad a un conjunto más amplio. Sin duda, el abrir nuestras puertas y ventanas aireará nuestra casa y depurará el ambiente, pero, sobre todo, permitirá que las energías de una de las sociedades más jóvenes y con mayor potencial de Europa Occidental fructifiquen.

Ser protagonistas

Ahora bien, el problema no es sólo de adaptación a una Europa completa, per-

fecta y acabada. La Comunidad de la que somos miembros es una realidad en construcción en un mundo sometido a una feroz competencia. En el acervo comunitario figura el gran triunfo histórico de una Unión que ha conseguido un hecho inédito en nuestra historia como europeos, al garantizar más de 40 años de paz y una prosperidad sin precedentes, gracias a un nivel limitado de cooperación entre Estados que habían tenido enfrentamientos seculares. No obstante, la otra cara de la moneda es que el retraso en la integración, en la creación de una verdadera Unión Europea, es inquietante.

En puertas de un nuevo siglo, y de un nuevo milenio, la primera pregunta que se plantea es el papel de Europa en el mundo. En principio parece claro que el año 2000 serán grandes potencias EE.UU., la URSS y Japón. Se puede especular sobre la posible ascensión de la China y la India al «Club». La pregunta es si Europa formará parte del mismo y con qué protagonismo.

Las dificultades de Europa para superar la crisis de los 70 han dado pie para que se pueda hablar, no sin razón, de «euroesclerosis». Incluso, algunos teóricos del pesimismo cultural sobre el futuro de Europa han llegado a formular la teoría de Europa como un museo histórico-artístico.

Europa, potencial comercial...

Sin embargo, estas imágenes no están globalmente justificadas. Si se parte del examen de los elementos clásicos que fundamentan un sistema económico, Europa no está fuera de juego. Si se comparan los tres grandes bloques occidentales, Europa es el primero en población (320 millones de habitantes frente a los 234 millones de EE.UU. y los 119 millones de Japón); representa una parte mucho mayor del comercio mundial (33 % frente al 12 % de

EE.UU. y el 7,5 % de Japón); y un porcentaje mucho más sustancial de la ayuda al desarrollo (37,5 % frente al 25,1 % y 9,2 %, respectivamente). La renta per cápita, sin embargo, es inferior (sobre Europa base 100, la norteamericana es 152 y la japonesa 117).

De estas cifras se desprenden, en primer lugar, el mayor potencial humano de la CEE, a pesar de que la natalidad decreciente y el envejecimiento de la población plantean problemas de futuro, y que la importancia comercial y la presencia europea en el mundo es, en su conjunto, mucho mayor que las otras grandes potencias. Globalmente, Europa, que no puede pretender ser la dueña del mundo, como ocurrió hasta principios de siglo, mantiene muchas más relaciones y ayuda mucho más que las otras dos grandes potencias occidentales.

Se trata de una realidad que no es ni conocida ni suficientemente valorada. Y, sobre todo, que a pesar de que la CEE mantiene una política comercial exterior

común, no se traduce en una paralela fuerza económica y política.

... y debilidad económica

El año 1986 ha sido rico en acontecimientos que demuestran la debilidad de Europa en las principales encrucijadas mundiales, sean económicas, comerciales, de seguridad o de relaciones Norte-Sur.

En el plano económico, la «mundialización» económica lleva a la consolidación de un directorio en el que el Club de los cinco (ampliado a siete) marca la coordinación de las políticas macroeconómicas y monetarias. Así ha ocurrido en la reciente cumbre de Tokyo. Posteriormente, la falta de una capacidad monetaria europea común ha convertido las negociacio-

La Comunidad de la que somos miembros es una realidad en construcción en un mundo sometido a una feroz competencia.

nes para estabilizar el dólar primero en un diálogo bilateral entre EE.UU.-Japón, cortocircuitando a Europa. Más recientemente, como ha ocurrido en febrero en París, con un Sistema Monetario Europeo en una difícil tesitura, la presencia europea como tal no ha existido, sólo ha habido una discusión sobre si Italia tenía o no derecho a sentarse con los mayores.

De cara a la recuperación económica, la Comisión, impulsada por el Parlamento, ha defendido una política de «reflación coordinada», con el objetivo de conseguir una estrategia de cooperación económica para la creación de empleo. Esta política se enfrenta con graves dificultades a nivel comunitario, porque en lugar de avanzar en la coordinación de la política económica y monetaria entre los 12, se prefiere el plantear la coordinación a nivel de los cinco o los siete. El mismo comportamiento de los grandes de la CEE en estas instancias es significativo. Sobre todo en el caso de Alemania Federal, que con una economía enormemente saneada (a pesar del problema del desempleo) trate de jugar con un sistema basado en el tipo de «dólar-marco-yen», manteniendo el ECU en posición subordinada y centrando todo el esfuerzo en la capacidad exportadora, con una política de limitación al consumo interno y, por tanto, a la importación.

No hay que olvidar, por otra parte, que esta situación se plantea con telón de fondo de una degradación preocupante de las relaciones entre Europa y EE.UU. Problemática que no se limita, sin duda, a las relaciones económicas y comerciales coyunturales, sino que tiene carácter de cambio de época. El actual marco de relaciones se definió en la segunda guerra mundial con unos Estados Unidos que rompieron su aislacionismo fundacional para acudir y defender la democracia en una Europa desgarrada. La liberación por las tropas aliadas y el Plan Marshall son pilares básicos de la Europa actual (aun-

que los españoles no los hayamos vivido). Por eso, la presencia militar norteamericana tiene una valoración muy distinta en España en relación con los demás países comunitarios.

El tiempo ha pasado, han desaparecido en ambas riberas los líderes que hicieron posible la Europa democrática de la posguerra. El imperio americano ha vivido por primera vez el profundo trauma de una derrota colonial (experiencia que la mayor parte de los pueblos europeos había sufrido ya), y se han recuperado, volviendo a la afirmación en sí mismos y en sus valores fundamentales.

Paralelamente, las relaciones económicas se han degradado. La posición de los EE.UU. como economía dominante ha cambiado. No es ya un país con una indiscutida hegemonía en lo tecnológico y en lo comercial, y con un excedente que le permitía mantener el carácter de país exportador de capitales.

Hoy en día la economía norteamericana ha perdido competitividad en los terrenos industrial y agrícola, y se ha convertido en un país importador de capitales. Hasta ahora ha evitado la necesidad de un impopular ajuste interno a través de la posición hegemónica de su moneda, que le ha permitido exportar en lo esencial. Pero la política de caída del dólar no puede continuar durante mucho tiempo sin socavar los fundamentos del sistema monetario y comercial internacional. Por eso la guerra comercial, apuntada ya con motivo de la reunión de GATT de Punta del Este y de las negociaciones sobre las exportaciones agrícolas a Europa, va a continuar. La reunión de Reikiavik, en la que Europa estuvo a punto de quedar al descubierto, indica bien a las claras que el

**1986 ha sido rico
en acontecimientos que demuestran
la debilidad de Europa
en las principales
encrucijadas mundiales.**

acuerdo defensivo de la posguerra se ha replanteado ya. También, por parte del principal adversario de la guerra fría, la URSS, en la que Gorbachov está tratando

de enfrentar sus graves problemas políticos y económicos internos.

De cara al futuro a medio plazo, los 320 millones de europeos no pueden mantener un sistema de seguridad basado en un esfuerzo de 240 millones de americanos que no cubre algunos de los flancos más sensibles de sus sistema, y de modo destacado el Mediterráneo.

A ello hay que añadir la preponderancia creciente del área del Pacífico en el aspecto comercial y económico, para EE.UU., y su preocupación creciente por la situación al sur del Río Grande. En este contexto, la falta de una Europa política lleva a una tentación de neoaislamiento unida a una preferencia creciente por respuestas de tipo rápido a lo Rambo de dudoso efecto disuasorio (como ocurrió en Libia).

La Unión Política...

Europa se enfrenta con un cambio de carácter histórico en sus principales relaciones económicas y políticas. En qué medida puede hacerlo como protagonista y no seguir jugando un papel subalterno depende fundamentalmente de la capacidad de avance en la integración europea.

En este terreno, las fuerzas políticas y sociales tenemos que hacer un esfuerzo real de debate y trabajo político. La experiencia del Parlamento Europeo, en donde se han ido forjando un trabajo comunitario entre representantes elegidos de todos los países de la Comunidad, es un buen ejemplo. Elegido por sufragio universal en 1979, en 1984 aprobó por amplia mayoría el Tratado de Unión Política Europea.

Como tal, era un borrador de Constitución, o el signo de apertura de un período constituyente. Como ocurre muy a menu-

Europa se enfrenta con un cambio de carácter histórico en sus principales relaciones económicas y políticas.

do en la Historia, no ha producido el resultado esperado. Sin embargo, sirvió de elemento desencadenante para dar un nuevo impulso al proceso de Unión.

Por una parte, planteando su real dimensión, la de Europa de los ciudadanos, que encuentra su mejor expresión en el marco parlamentario. Por otra parte, impulsando y alimentando un proceso de debate en el Consejo Europeo, que ha llevado desde la cumbre de Fointainebleau hasta la de Luxemburgo, pasando por la de Milán, a la reforma constitucional de mayor calado en la vida de la CEE: el Acta Unica. Aunque la denominación no es demasiado expresiva del contenido, como suele ocurrir a menudo en el lenguaje comunitario, el Acta es un acuerdo de alcance histórico, en el que el Consejo Europeo decide «*hacer progresar de manera concreta la Unión Europea*». Para ello, se procede a modificar las normas de funcionamiento, volviendo al principio de la mayoría cualificada frente a la unanimidad (es decir, el veto), se amplía el papel de cooperación del Parlamento y la jurisdicción del Tribunal de Justicia.

... y el Acta Unica

Además, se establece un programa de actuación para la política comunitaria. En parte recordatorio de lo no hecho, y en parte ampliación del campo y de los objetivos. De este modo se fija el objetivo del mercado interior para 1982 y se da rango básico a la cooperación en materia económica y monetaria (convergencia de políticas económicas, Sistema Monetario y ECU). Paralelamente, se fijan como objetivos a proseguir la cohesión económica y social, y la política social (de fijación de niveles mínimos de protección del medio de trabajo, de la seguridad y la salud de los trabajadores), la política de investigación y desarrollo tecnológico y la protección del medio ambiente.

Otro campo fundamental es la elevación de rango de la cooperación política europea, es decir, de una política exterior coordinada. Dentro de la misma, la inclusión de la seguridad como elemento a considerar y elaborar a nivel comunitario es el avance más destacable.

En cualquier caso, el problema clave es cómo sacar a la Europa Comunitaria de su actual posición subordinada. Ello requiere capacidad para resolver sus problemas internos de desarrollo económico (creación de empleo y actividad económica), ser capaz de garantizar su propia seguridad y salvaguardar sus valores democráticos y culturales. En este contexto, el valor del Acta Unica es fijar un horizonte, el de 1992, y unos campos de actuación que deben ser llevados con programas y políticas concretas.

Entre el federalismo ideal y la parálisis, la opción está en la elaboración, negociación y formulación de políticas concretas que permitan hacer la Europa cotidiana. Sin duda, este proceso tiene el inconveniente de que desde el punto de vista de la estética histórica los resultados no son tan espectaculares. Ahora bien, si la educación en europeo es para todos una reeducación a partir de la propia nacional, de partida, los resultados tienen el indudable interés de ir cimentando el edificio. F. Mitterrand lo ha expresado con claridad con la anécdota del peregrino medieval que encuentra unos albañiles. Al preguntarles qué hacían, uno decía que estaba construyendo un muro; el otro, que hacía una catedral. Nuestra situación es la de habernos añadido al equipo en plena faena. Hemos comenzado no sólo a trabajar, sino que podemos discutir de cómo va a ser su configuración definitiva. Los planos y los plazos del edificio no están definitivamente elaborados. Nuestro problema no reside sólo en adaptarnos, tenemos también que decir cómo queremos que sea Europa.

El espacio común económico y social

El signo más característico del Acta Unica es el gran mercado interior. No es nuevo, ya figuraba en el Tratado de Roma. Los procesos de unión política que han conducido históricamente a la creación de los Estados nacionales han sido en gran medida procesos de creación de mercados (por ejemplo, la *Zollverein* alemana, o la Conquista del Oeste americano). En este sentido, la creación de un mercado nacional o mundial es siempre una decisión política, una obra sistemática de demolición de barreras existentes al movimiento de mercancías y servicios, de personas y de capitales. La lucha de la burguesía revolucionaria contra el Antiguo Régimen fue una lucha tanto por las libertades políticas como por la libertad de comercio. El mercado es, por tanto, una condición necesaria para la Unión, y su creación es el punto de su proceso político.

Entre el federalismo ideal y la parálisis, la opción está en la elaboración y negociación de políticas concretas que permitan hacer la Europa cotidiana.

Una muestra de ello se comprueba en la lista de reglamentaciones pendientes de aprobar contenidas en el Libro Blanco de la Comisión. Pero el mercado interior exige otro elemento: la capacidad monetaria y económica. Para tener la primera es preciso consolidar el Sistema Monetario Europeo (SME) y el ECU, lo cual exige la incorporación de la libra (la entrada de la peseta y el escudo está en el proceso de transición) y el reemplazar la hegemonía del marco alemán por la del ECU. Ahora bien, ello requiere igualmente la coordinación de las políticas económicas, con una «estrategia comunitaria de cara al empleo». No se trata, por tanto, tan sólo de eliminar obstáculos.

El segundo elemento es el de la cohesión económica y social como elemento relacionado con la realización del mercado interior. En este apartado se plantea la dialéctica Norte-Sur, acompañada del debate sobre el Estado del bienestar. Conviene, por tanto, examinar la cuestión con

cuidado. A la hora de hablar de cohesión se plantea un problema real, que es el de lograr unos niveles de desarrollo y actividad económica más próximos entre los países y regiones como las actuales, permiten difícilmente hablar de una Comunidad, con la trabazón y la solidaridad mínima.

Además, el problema que se plantea es el de que no todos los países y regiones lleguen al Mercado Común en igualdad de condiciones. Los niveles de desarrollo industrial y tecnológico son muy diversos, y dado el carácter acumulativo de los procesos, el desmantelamiento de barreras sin más puede resultar en una aceleración de la concentración de riqueza y actividad en las regiones que hoy en día concentran ya la actividad comunitaria, consolidando el carácter de economía asistida de las regiones menos desarrolladas. La experiencia reciente de gran parte de la geografía italiana y de algunas regiones mediterráneas españolas parece avalar la capacidad de crecimiento autónomo, centrada en actividades de transformación industrial de tamaño medio y del desarrollo de los servicios (en especial del turismo). En este terreno, la prioridad de realización de unas infraestructuras básicas de formación, de transportes y comunicaciones juega un papel nada despreciable.

En cualquier caso, no se puede concebir el desarrollo de las regiones del Sur como una mera y simple repetición del modelo del Norte, propio de la era industrial, ni por la especialización agrícola. Además, no hay que olvidar que hoy en día la agricultura más protegida es la del Norte.

La creación del mercado sin fronteras exige, por tanto, una reconsideración de la relación Norte-Sur en la Comunidad.

De una tensión creativa en torno a la misma se pueden esperar avances importantes, con la condición de que no se plantee como choque frontal. En efecto, hay que

No se puede concebir el desarrollo de las regiones del Sur como una mera y simple repetición del modelo del Norte.

saber partir de que hay diferencias importantes en todos los terrenos entre ambos mundos, pero que la superación de la crisis de la CEE no vendrá por la contraposición, sino por la reducción de diferencias.

El hecho nuevo, producido por la ampliación, es el cambio en la correlación de fuerzas, al producirse un mayor equilibrio de representación tanto en el Consejo como en el Parlamento, y la aparición de nuevos potenciales de desarrollo y de mercado.

Por ello, no es casual que la última ampliación de la Comunidad haya coincidido con la puesta en crisis de la lógica y de las principales políticas seguidas, que han tocado techo. La afloración de la carga del pasado, es decir, del déficit no contabilizado como tal, pero producido por la política agrícola más la de los fondos estructurales seguida (que se eleva a casi tres billones de pesetas), obliga a la Comunidad a lo que el Presidente de la Comisión, Jacques Delors, ha definido como una cita consigo mismo. Cita que es un emplazamiento para salir del estado de semiasfixia industrial, en el que a través de la multiplicación de expedientes habilidosos se consigue ir viviendo al día, bajo la amenaza continua de una inminente bancarrota. Las coordenadas básicas de este emplazamiento son: la reforma de la Política Agrícola Común (PAC), la de la política de fondos estructurales y la de los medios necesarios para superar la crisis actual y asegurar la financiación de las nuevas políticas, es decir, la de la financiación futura.

En este contexto, la PAC se ha convertido en la piedra de toque de la voluntad de reforma de la Comunidad. Ello se debe a diversas razones: la primera es que se

trata de la política más elaborada de la CEE, y la que ha tenido mayor éxito histórico. Creada para asegurar la autosuficiencia del continente en un marco de de-

pendencia, ha convertido a la CEE en un exportador agropecuario de primer orden.

El grave inconveniente es que ello es posible gracias a una política de ayudas sistemáticas de las producciones continentales que contribuye a la desorganización de los mercados mundiales, a los que han accedido en los últimos años los países en vías de desarrollo. Estos se encuentran ante crecientes dificultades ante la eficacia de los dos grandes bloques comerciales (EE.UU. y Europa) que venden sistemáticamente sus excedentes subsidiados, cerrándoles vías de salida y posibilidades de venta con los que hacer frente a sus propias obligaciones. El caso de Argentina, Uruguay o Australia, países con tradición exportadora de productos cárnicos y cereales, es dramático en este contexto. De ahí la guerra comercial, que incluso se está produciendo entre Europa y EE.UU., aparte de las tensiones existentes en el marco multilateral (como en la Conferencia del GATT de Punta del Este). Teniendo en cuenta la interdependencia comercial a nivel mundial, el mundo desarrollado tiene una clara responsabilidad de contribuir a lograr un esquema estable.

Por otro lado, la permanencia de mecanismos creados para estabilizar los precios, con el fin de asegurar la permanencia de la explotación familiar como objetivo político, está generando efectos perversos. En el contexto actual, el resultado es que se ha organizado en la CEE un conglomerado de intereses en torno a la producción para la intervención y el almacenamiento que no responde a ninguna justificación social, y que lleva a que una reducida proporción de agricultores y negociantes del Norte de Europa se beneficien sistemáticamente de la parte del león de la política agrícola. En el último año se ha avanzado en la toma de conciencia del problema y el Parlamento ha planteado al Consejo la necesidad de adoptar medidas urgentes para contener la producción

láctea y dar salida a los excedentes acumulados.

La dificultad de llevar adelante esta política, no sólo en Europa (en EE.UU. la situación es, si cabe, más dramática), no se explica sólo por razones económicas. Las preocupaciones electorales y las dificultades de reconversión agravan un panorama de por sí difícil de resolver a corto plazo.

La contención del gasto agrícola y la liquidación de excedentes es una condición previa para poder liberar recursos para otras políticas. Pero con ello no es suficiente, aunque haya Estados que se refugian en la lentitud del proceso de saneamiento para frenar toda discusión sobre los nuevos recursos. En lo que respecta a los fondos estructurales, instrumento esencial para la cohesión económica (en

**La creación del mercado
sin fronteras exige
una reconsideración de la
relación Norte-Sur
en la Comunidad.**

su triple dimensión de fondo de orientación agrícola, regional y social) el problema reside en que para poder alcanzar un impacto mínimo las estimaciones más conservadoras parten de cifras que triplican las dotaciones actuales. Ante este panorama, se puede afirmar que la piedra de toque de la voluntad de futuro —ya expresada y ratificada en el Acta Unica— es la capacidad de proceder a las reformas pendientes de la CEE: la Agrícola y la de los Fondos, acompañadas de un refuerzo de los ingresos que garantice la autonomía financiera de la Comunidad como tal.

Una Europa segura

Para que Europa sea una realidad en el mundo, la política exterior y de seguridad común es complemento necesario.

El Acta Unica prevé el reforzamiento de la cooperación política, con la asociación de la Comisión y del Parlamento a la misma. Además incluye la defensa dentro

de la misma, al incluir sus aspectos políticos y económicos.

Evidentemente este paso es positivo, aunque no se trata aún de la definición de una política común. Sin embargo, conviene situar los grandes ejes en torno a los cuales ha de plantear su definición Europa en los próximos años. El primero y más crucial es el de la seguridad y la defensa.

La realidad actual muestra que los supuestos sobre los que se estableció la Alianza Atlántica requieren una profunda revisión. Europa debe, en este terreno, superar la mentalidad de cliente en el sentido romano del término, como ha denunciado con acierto Helmut Schmidt. En su configuración actual, la Alianza no garantiza la tranquilidad a los europeos sobre su defensa y seguridad, mientras que genera una creciente sensación de frustración en los EE.UU. de soportar solos una carga que no le es agradecida ni sirve para sus propios fines de política exterior.

El camino para salir de esta situación es una definición autónoma y propia de la defensa y la seguridad a partir de la CEE en sus aspectos políticos y económicos. En paralelo, la revitalización de la Unión Europea Occidental (UEO) y la consolidación del eje defensivo franco-alemán son elementos decisivos para consolidar el propio sistema, sin abandonar una política de desarme que consiga la opción cero en los euromisiles y la prohibición de armas químicas, con un equilibrio de fuerzas convencionales lo más bajo posible. Es preciso que el territorio de la CEE, y en especial el alemán, deje de ser el más erizado de armamento en el mundo. Ello requiere, asimismo, continuar con una presencia activa en favor del diálogo Este-

Oeste, para favorecer la política de distensión y cooperación (desarrollo del Acta de Helsinki).

El desarrollo de las relaciones con los

países de la otra parte de Europa se inscribe en esta perspectiva. No hay que olvidar que también son europeos, geográfica y culturalmente, y que persiguen unas relaciones más estrechas con la CEE. La Unión Soviética ha dado un paso al reconocer, por fin, la existencia de la CEE y plantear relaciones con el COMECON. En cualquier caso, los esfuerzos de modernización de Gorbachov están generando procesos que conviene seguir con atención, aunque las resistencias de sistemas de poder tan esclerotizados como el soviético y el de los países del Este no se deben infravalorar.

Otro frente esencial que afecta a un flanco fundamental de Europa, el Mediterráneo y a su responsabilidad histórica en múltiples aspectos, es el del Medio Oriente.

En él, el irresuelto problema palestino, la violencia armada y una guerra extenuante entre Irak e Irán, desestabiliza a todo el mundo por el efecto expansivo de un terrorismo fanático.

En las relaciones Norte-Sur Europa debe de hacer valer su peso real. Su importancia preponderante en las relaciones con los países en vías de desarrollo, la mayor en el campo comercial y en el de ayuda al desarrollo, le dan una autoridad que tiene que aprovechar. No hay que olvidar que el Convenio de Lomé es la solución más correcta de marco de relaciones, frente a una posición más tibia de los EE.UU. (la Administración Reagan ha mantenido una postura absolutamente contraria) y la postura de rechazo global del bloque soviético. En este campo, la presencia española en el campo comunitario puede ayudar a establecer un nuevo marco de diálogo con Latinoamérica.

Desgraciadamente, pervive aún en el viejo continente la consideración de que se trata de una cuestión doméstica norteamericana. La importancia del diálogo político

**Para que Europa
sea una realidad en el mundo,
la política exterior
y de seguridad común es
complemento necesario.**

y sus implicaciones económicas-comerciales y culturales no son aún suficientemente valoradas en Europa.

La lucha contra el hambre, la miseria y el subdesarrollo no son sólo responsabilidades morales y de solidaridad para Europa. La realidad de un mundo desgarrado por estos problemas no son sólo un problema de noticias. Las migraciones masivas que desbordan todo tipo de controles es un problema real para los países comunitarios; la degradación de la situación económica y social en los países del Tercer y Cuarto Mundo representa una pérdida real de oportunidades económicas para Europa. La política de ayuda a la cooperación es una de las políticas claves de la CEE, que debe ser reforzada y sostenida.

Los socialistas y la Unión Europea

La Comunidad no es todavía una Unión Europea, como quería el Parlamento con su proyecto aprobado en 1984. Sin embargo, es algo más que una mera estructura de coordinación, y el Acta Única ratifica la voluntad de avanzar hacia la misma.

El previsible avance de la CEE en el próximo quinquenio no se va a hacer básicamente en el terreno institucional. No obstante, no hay que despreciar la importancia de cambios como la vuelta al sistema de voto por mayoría en el Consejo o las posibilidades, si se aprovechan, del procedimiento de cooperación por el Parlamento Europeo.

Va a ser un trabajo básicamente de dismantelar barreras, derribar tabiques y compartimentos estancos. En este proceso es decisivo el papel de las fuerzas económicas y sociales además de las políticas. Es sintomático que entre los máximos defensores de la Unión Europea figuren los empresarios más importantes y dinámicos del continente, que ven su acción li-

Un proceso tan laborioso y tan pródigo en apariencia como el de la construcción europea se hace en unos términos que no favorecen el entusiasmo popular.

mitada y mutilada por la compartimentación del mercado y la falta de políticas operativas europeas. Las posibilidades que ofrecen, por su parte, los programas

de investigación y desarrollo, tanto a nivel comunitario como industrial, de encuentro y crisol son importantes. En gran medida, se trata de volver a funciones como en la Europa universitaria del medievo. Para los sindicatos y organizaciones representativas de fuerzas sociales el desafío se plantea también, porque la Europa del mercado sin fronteras será o bien la de la zona del libre-cambio acompañada del desmantelamiento de los avances sociales y del Estado del bienestar, o la de la extensión del mismo hacia las zonas que pretenden participar en el mismo, y ello es básico para el Sur.

Y, por último, están los ciudadanos. Hay signos de esperanza, como son las reacciones de los europeos medidas en los sondeos, y su aceptación positiva de todo tipo de signo de identidad común europeo.

Sin embargo, un proceso tan laborioso y tan prolijo en apariencia como el de la construcción europea se hace en unos términos que no favorecen el entusiasmo popular. Hemos de ser capaces de movilizar la pasión política y también la frustración de los que nos movemos en las instancias comunitarias. Y Europa está volviendo a estar presente en los discursos políticos europeos. Propuestas como la de Martens fijando el horizonte 2000 como el de la construcción de la Unión Política, o la de Mitterrand de elegir un Presidente europeo, sirven para alimentar un debate que se debe de avivar por todos los medios.

El dilema no se plantea entre la Europa federal o confederal, a decidir fijando el día y la hora. Lo importante es decidir poner en común los medios y los instrumentos necesarios para ejercer el poder de decisión y de gestión de las políticas comuni-

tarias. Y sus dos símbolos claves son el escudo-moneda (Bélgica ha acuñado ya el ECU simbólico con la efigie de Carlos V) y el escudo defensivo, sin el que no hay seguridad en la libertad.

Los socialistas españoles participamos por primera vez en este reto de relanzamiento de la lucha por la Unión Europea. Hemos dado pruebas de que nuestra voluntad no se limita al cálculo contable y alicorto del balance contable a corto plazo de nuestra participación. Nuestra tarea

anora es la de impulsar el debate en nuestro país y a nivel europeo para conseguir una mayoría pro-europea real entre las fuerzas políticas y sociales de la Comunidad.

Europa no es ya un amor imposible, sino un destino cierto.

Este trabajo forma parte del libro *España-Europa: trabajo común* que, publicado por el Grupo Socialista del Parlamento Europeo, saldrá próximamente.

SISTEMA

COLECCION DE CIENCIAS SOCIALES

NOVEDADES

PAUL PRESTON
LAS DERECHAS ESPAÑOLAS
EN EL SIGLO XX:
AUTORITARISMO, FASCISMO
Y GOLPISMO

RAMON GARCIA COTARELO
LOS PARTIDOS POLITICOS

ALFONSO GUERRA
A. DE BLAS - V. ZAPATERO
M. ESCUDERO - J. F. TEZANOS
R. G. COTARELO
E. MENENDEZ - F. LAPORTA
EL FUTURO
DEL SOCIALISMO

EDITORIAL SISTEMA

EDITORIAL SISTEMA
Editorial Sistema. c/. Fuencarral, 127 - 1ª
TEL. 448 73 19 Madrid 28010.